

EL MOTÍN

Año XXXVII

Madrid, Jueves 26 de Abril de 1917.

Número 17.

EL MOTÍN

PERIODICO SEMANAL

CON 8 PAGINAS Y CARICATURAS

Se publica los jueves

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

NUEVO GOBIERNO

El conde de Romanones entregó este Mensaje al rey:

«El profundo convencimiento adquirido de que la defensa de las vidas é intereses españoles no puede hacerse eficaz mientras nuestra política ante la guerra se desenvuelva dentro de las mismas limitaciones que hasta ahora, obligan, señor, á mi conciencia de patriota y de gobernante, conocedor de sus obligaciones ante el presente y el porvenir de su patria, á hacer á Vuestra Majestad y á la nación las manifestaciones que este documento contiene y á adoptar irrevocablemente la resolución que tales convencimientos imponen.

Era mi propósito someter á las Cortes esta cuestión; mas para ello necesitaba el Gobierno de V. M. llevar á la deliberación de aquellas soluciones concretas, y al examinarlas en Consejo no logré acerca de las mismas la indispensable unanimidad.

Siempre he estado convencido de que la política internacional que permitiría engrandecer á España es la emprendida en 1902. Aquella política se inició por un Gobierno del cual tenía el honor de formar parte, y fué reiterada y acentuada en los Tratados de 1904 y 1905 y en las declaraciones de Cartagena de 1907 y 1913.

El estallido de la guerra suspendió el desarrollo de aquella política; pero ni debía ni podía, á mi entender, rectificarla. El curso de los sucesos ha robustecido mi convicción. Hace unas semanas, al dar cuenta á las Cortes

de la última nota sobre el bloqueo submarino, afirmé que la vida de España no se interrumpiría; declaro que, á pesar de los esfuerzos del Gobierno, la vida de España corre peligro de interrumpirse.

Se ha labrado en mi ánimo el convencimiento indestructible de que los problemas que la paz planteará ante el porvenir de cada una de las naciones exigen de España que no haya rectificación en el camino iniciado en 1902, sin que esta política implique en modo alguno intervenir en la guerra actual.

Pesa en mi ánimo otra consideración. España es depositaria del patrimonio espiritual de una gran raza. Aspira históricamente á presidir la confederación moral de todas las naciones de nuestra sangre. Y esa aspiración se malogrará definitivamente si, en hora tan decisiva para lo futuro como la actual, España y sus hijas aparecieran espiritualmente divorciadas.

Siendo esta mi convicción en punto que afecta á los futuros destinos de la patria, honradamente no puedo gobernar sino ajustando á ella mis actos. Vuestra Majestad, dispensándome una honra para la cual nunca será bastante la gratitud mía, depositó en mí su absoluta confianza, autorizándome en todo momento para proceder como á mi juicio mejor conviniere á los intereses y al país. Pero lealmente reconozco, después de haber recogido con patriótica ansiedad las manifestaciones de la conciencia pública, algunas surgidas del propio partido que me honra con su dirección y jefatura, que hoy una gran parte de la opinión española no participa de mi convicción.

Para quien sienta hondamente su condición de liberal y noblemente sobrelleve las responsabilidades del Gobierno en una democracia, es un imposible moral gobernar contra el sentir público. Ni debo ni quiero gobernar contra la opinión. No la comparto, pero ante ella me rindo. Y por eso pongo en manos de Vuestra Majestad la dimisión del Gobierno que tengo la honra de presidir.

Esta dimisión tiene carácter irrevocable. Por eso no someto á Vuestra Majestad la elección de dos políticas, sino que declaro resueltamente que hoy no puedo seguir asumiendo, conforme á mis convicciones, las responsabilidades del Gobierno de mi país.»

Planteadas la crisis, formóse este Ministerio:

Presidencia.—García Prieto.
Estado.—D. Juan Alvarado.
Gracia y Justicia.—D. Trinitario Ruiz Valarino.
Guerra.—General Aguilera.
Marina.—General Miranda.
Gobernación.—D. Julio Burrell.
Instrucción pública.—D. José Francos Rodríguez.
Fomento.—Señor duque de Almodóvar del Valle.
Hacienda.—D. Santiago Alba.

El nuevo Gobierno ha declarado que continuará la política de neutralidad seguida por el anterior y por el de Dato; que permanecerá fiel «á los compromisos contraídos por nuestra patria en los Tratados y declaraciones vigentes y atento siempre á la defensa de la dignidad, del honor y de todos los intereses vitales del país», y que si, por cualquier grave contingencia, fuera preciso modificar la actitud presente, «no lo haría sin previa consulta al Parlamento».

Mi primera impresión, al resolverse la crisis, fué la de muchos: que el nuevo Gobierno era germanófilo. Después de las afirmaciones que ha hecho, creo lo contrario.

¿Que cómo me explico entonces la crisis? De la siguiente manera:

Pendiente la contestación de Alemania á la Nota que el anterior le pasó con motivo del hundimiento del *San Fulgencio*, había que evitar, si venía en tal forma que reclamara la ruptura de relaciones diplomáticas, que fuera Romanones quien la decretase, dada la atmósfera que habían creado contra él los germanófilos. Haciéndolo otro cualquiera, disminuiría la gravedad de la resolución. Por esto opino que estamos ahora más cerca que nunca de la ruptura.

Si la respuesta no diese lugar á declararla inmediatamente, el primer barco torpedeado impondrá al Gobierno que ha ofrecido *estar siempre atento á la dignidad, el honor y los intereses del país*, el deber de decretarla. Y si fuese dura, altanera ó despreciativa la respuesta, no tendrá otro remedio que cumplir lo ofrecido.

Quizás no haya sido esta la causa de la crisis, mas yo no veo otra.

Pero sea esa, ó no lo sea, lo que no puede negarse es que Romanones ha quedado á gran altura como hábil político.

Aplauso inesperado

Como no combato nunca á los políticos sino por sus actos, declaro:

Que sin borrar una línea, ni una letra siquiera, de cuantos juicios duros he emitido acerca de Melquiades Alvarez, lo aplaudo hoy por las declaraciones que ha hecho á un reporter de *Heraldo de Madrid*, acerca de su punto de vista en la cuestión internacional.

A la pregunta del reporter acerca de la opinión que tienen de España en Francia, de donde Melquiades acaba de llegar, contestó:

—Se nos guarda una gran simpatía, se agradecen las iniciativas generosas y humanitarias del Rey en esta guerra, pero esperan, como es natural, algo más, dado el concepto que se tiene de nosotros, de la conducta observada por Alemania y del entusiasmo con que nos hemos apresurado siempre á defender lo que constituye la dignidad y el honor de la patria. Allí se nos sigue con atención, se observan todos nuestros movimientos, se estudian nuestras actitudes. Los ojos de Francia, como los de Inglaterra, como los de Italia, están puestos en nosotros.

—¿Tanta importancia se nos concede?

—Son las circunstancias y las ideas, en combinación con los intereses, las que nos hacen tenerla. Nadie piensa que España pueda ser un factor decisivo en el conflicto; pero desde que los Estados Unidos entraron en la guerra, es nuestra nación el Estado de mayores prestigios, por su historia, por su posición geográfica, por su condición de pueblo latino. Y como en esta guerra se va á decidir de los destinos del mundo y la organización política y económica de Europa va á transformarse radicalmente, los pueblos aliados quieren saber con precisión cuáles son las naciones que están con ellos ó contra ellos.

—Pero observe usted que España no sólo guarda una escrupulosa neutralidad, sino que está aferrada á ella.

—Ya lo sé. Pero la neutralidad no puede verse divorciada del decoro. Y cuando los derechos de una nación neutral como España, que ha cumplido escrupulosamente sus deberes, son lesionados sin miramiento alguno, como lo son por Alemania; cuando se paraliza arbitrariamente una vida comercial y se torpedean sus barcos sin previo aviso, como sucedió en el caso del *San Fulgencio*, y sus tripulaciones perecen en el fondo del mar, como acaba de ocurrir con el hundimiento del *Thom*, lo menos que podemos hacer es romper toda clase de relaciones diplomáticas con quien de manera tan injusta y tan cruel nos maltrata. No concibo siquiera que se pueda seguir siendo amigo de quien nos menosprecia tan despiadadamente. Seguir observando la neutralidad después de tales ultrajes es olvidar el honor del país y pecar, á los ojos del mundo, de inconscientes ó de cobardes. Por este camino se puede llegar irremisiblemente á los mayores desastres, á la pérdida de la independencia nacional, al desprecio de todos los pueblos, á la muerte. Una nación insensible al agravio, es una nación que, tarde ó temprano, acaba por ser conquistada. Conste, pues, que yo no he predicado nunca la intervención voluntaria de Es-

paña en la guerra; pero conste también que yo no concibo, sin mengua de la dignidad colectiva, que el amor á la paz nos obligue á transigir con el ultraje. Se puede ser neutral entre dos pueblos que luchan; pero ser neutral con quien escarnea y atropella nuestro derecho no es neutralidad, es envilecimiento. Por eso considero que es, á la hora presente, un elemental deber de Gobierno romper con Alemania, dejando así á salvo el honor del país.

—¿Entonces cree usted que los momentos son graves?

—No graves, gravísimos. Cualquiera vacilación, cualquier duda en estos instantes puede producir para España, á la hora de la paz, consecuencias funestísimas, que deben causar espanto en el espíritu de todo buen español. Si el día que la lucha termine España se queda sin voz y sin voto, nuestra suerte estará definida.

—¿Pero teme usted que seamos excluidos del Congreso de la paz?

—No lo temo; desgraciadamente, lo tengo por descontado. Si alguien lo duda, que lea las palabras pronunciadas por Lloyd George al contestar al embajador de los Estados Unidos, Mr. Pagé: «La intervención de los Estados Unidos significa también el derecho á sentarse en la mesa de la conferencia cuando se discutan los términos de la paz.» Y si los Estados Unidos, la gran democracia americana, que tantos y tan grandes servicios habían prestado á los aliados hasta el momento de la intervención, no conquistaron el «derecho á sentarse en la mesa de la conferencia.»

Supongo que después de leídas las anteriores declaraciones, comprenderán mis lectores que he debido aplaudir ahora á quien tanto he combatido.

Y combatiré.

EL CID

A mi vista surgió por vez primera en los ensueños de mi edad temprana, con su férrea armadura castellana, la lanza en ristre, alzada la visera.

Y en las tristuras de mi edad postrera, al evocar su efigie soberana, se me aparece como sombra vana la lanza rota y rota la cimera.

El Campeador, el héroe de Castilla, el reconquistador arripotente, logró en la infancia su primer victoria de su padre vengando la mancilla, y hoy, en la ancianidad, hoy impotente, ¡no halla un hijo que vuelva por su gloria!

NICOLÁS ESTÉVANEZ

El anterior soneto fué publicado en EL MOTIN en 1901.

Tendría que leer el que hubiese escrito Estévanez ahora, de haber vivido, al ver las humillaciones y las vergüenzas que esta devorando la España del Cid.

Las maravillas macabras de la guerra

La química alemana aprovecha sus soldados muertos para sacarles el aceite, la estearina, la manteca, etcétera.

(De la agencia Fabra)

La Independencia Belga, amplian-do detalles sobre la fábrica alemana

de aprovechamiento de cadáveres, dice:

«Los vagones llegan cargados de cuerpos desnudos que no ven los obreros por estar cubiertos mediante una combinación de tela de hule y con la cabeza tapada por una careta de nica. Los obreros están provistos de largos pinchos con ganchos y empujan los paquetes humanos hacia una cadena sin fin, que arrastra los cadáveres uno á uno, gracias á enormes crampones colocados á 60 centímetros unos de otros.

Entran los cuerpos en una especie de tambor, en el local, que es largo y estrecho, y durante todo el recorrido que hacen son sumergidos en un baño donde se les desinfecta y desengrasa. La cadena sin fin hace que los cuerpos pasen luego á un secadero, donde se les somete á la evaporación. Después van á un autoclave en el cual son arrojados automáticamente, y gracias á un ingenioso mecanismo, que sirve para desengancharlos en el interior, los obreros pueden en momento oportuno remover la masa, después de una cocción de seis ú ocho horas, los huesos quedan en el fondo, y la masa, que es casi negra, se lleva á una instalación donde se extraen las materias grasas por el procedimiento de la bencina.

Las grasas extraídas se envían á otro edificio, donde se extraen los elementos esteóricos de los elementos oleicos. La estearina se vende como sale; pero los aceites despiden tal olor, que es preciso refinarlos. Esta operación la hacen por el carbonato de sosa.

El aceite neutralizado se destila. Los subproductos van á las jaboneras, que ya no tienen ni ácidos ni grasas. El aceite neutralizado se expide en barriles como los del petróleo. Es color amarillo oscuro. La fábrica de aceite y la refinería están en el ángulo Sudeste del terreno, y la expedición del aceite va por vía férrea, que pasa por el Este del edificio.

La chimenea de la fábrica es de poca altura. La elevación del humo y la regularización del tiro, se hacen mediante tubos, que convergen á un enorme serpentín.»

El *Liberal* ha publicado lo que antecede.

¿Les parece monstruoso á mis lectores? Pues lean esto otro que también ha publicado:

«Karl Rosner, corresponsal del *Local Anzeiger* en el frente occidental, publica en dicho periódico una relación del uso que los alemanes hacen de sus cadáveres.

«Describiendo el campo de batalla, al norte de Reims, dice:

«Atravesamos Everguicourt. Un olor denso, sofocante, como si estuviesen quemando cal, vicia la atmósfera. Pasamos cerca de la «Kadaverwertungsanstalt» (es decir, el pabe-

llón de cremación de los cadáveres) de este grupo de ejército.

«Los cuerpos gordos que retiramos son convertidos en lubricantes, y el resto es machacado en el molino hasta convertirlo en un polvo que se mezcla en la comida de los cerdos y los engorda.»

«Rosner transmite estas noticias sin hacer comentario alguno haciendo constar simplemente que en la guerra nada debe desperdiciarse.

«Tal declaración corrobora en absoluto la descripción de la industria creada por Alemania, y de la que el periódico *La Independencia Belga* se había ya ocupado en su número del 10 de Abril.

«Desde hace mucho tiempo —decía el referido periódico— sabemos que los alemanes desnudan sus muertos detrás de la línea de fuego, lán los cadáveres por fardos de tres ó cuatro con un alambre que atan fuertemente y los conducen después á retaguardia, para que allí los incineren.

«Hasta ahora, los trenes cargados de soldados muertos en el frente francés no han salido nunca de la región de Lieja. Dirigiánse hacia los altos hornos de Seraing y al norte de Bruselas, donde se han instalado hornos para quemar las inmundicias.

«Ultimamente sorprendía ver que este tráfico se encaminaba hacia Gerolstein; además se ha advertido que cada vagón llevaba trazadas con tiza las letras D. A. V. G., ó sea «Deutsche Abfall Verwertungs Gesellschaft», sociedad con capital de cinco millones de marcos, cuya primera fábrica ha sido construída á un kilómetro de la vía férrea que une á Saint-Givith con Gerolstein. Dicha fábrica se halla especialmente destinada al frente occidental, y si los resultados que se obtienen son los que se esperan, no tardará en instalarse otro establecimiento análogo en el frente oriental.»

Después de leído lo anterior, no creo que nadie niegue que en las ciencias de la destrucción y del aprovechamiento de la especie humana haya rayado ninguna raza á la altura que la alemana.

Convertir químicamente á un ser humano en alimento de cerdos, para que se los engullan y asimilen los vivos, ¡qué mayor adelanto! ¡qué mayor maravilla científica!

Repúblicas é Imperios

—Ya, ya estará usted satisfecho, don Francisco. Por causa de Inglaterra ya todo América va á la guerra contra Alemania.

—Piensa el ladrón que todos son de su condición. Piensan los germanófilos que todos los que declaran la guerra á Alemania lo hacen cediendo á la dádiva ó á la amenaza de alguien.

—¡Hombre! No me negará usted que

las repúblicas americanas no tienen motivo alguno para intervenir.

—Sí, señor, lo tienen. El 31 de Enero, Alemania declaró la guerra al comercio marítimo, y á los neutrales se les planteó este dilema: obedecer á Alemania ó desobedecerla; no había término medio, no había neutralidad posible. Nosotros optamos por obedecer, si bien á regañadientes; los yanquis optaron por desobedecer, y la América Latina, que todavía se acuerda de lo que allí dijo Méndez Núñez hace medio siglo, sigue á los yanquis y nos vuelve la espalda.

—Desgraciadamente.

—Desgraciadamente para nosotros. Ellos conquistaron hace un siglo su independencia política. Ahora están conquistando su independencia moral; nuestro criterio es: *ante todo la neutralidad, cueste lo que cueste*; el suyo es: *ante todo el derecho de gentes*.

—Independencia moral, no; porque han ido á la guerra arrastrados por los Estados Unidos.

—No es cierto. Nadie les ha empujado á la guerra más que la conducta del Gobierno alemán. Y es que cada vez se deslindan mejor los campos: á un lado los Imperios; al otro, las Repúblicas. Sólo hay cuatro Imperios en Europa: Alemania, Austria, Turquía y Bulgaria (Bulgaria es imperio también, pues su soberano se titula *Czar*, es decir, *Emperador*). Contra ellos están las Repúblicas de todo el mundo, excepto Suiza, cuya situación geográfica no se lo permite; y todas las monarquías democráticas con Rusia, Italia, Inglaterra y Bélgica. Con ellos los reaccionarios de todos los países, incluso los imperialistas rusos, que también eran germanófilos. Contra ellos los hombres de ideas avanzadas de todas las naciones, incluso los alemanes Liebnicht y Rosa Luxemburgo.

—Y nosotros?

—Nosotros neutrales siempre, neutrales á prueba de bomba y de torpedos. No somos una tiranía, porque no en balde se ha vencido á los carlistas siempre que se han lanzado al campo. No somos una democracia, porque el Parlamento es un estorbo en cuanto las circunstancias son algo graves. No somos ni una cosa, ni otra. No somos más que eso... *neutrales*, extraños á lo que pasa en el resto del mundo y á lo que sucede en nuestras propias costas.

—Sin embargo, yo temo que al fin se rompa la neutralidad.

—Yo me alegraría; no estaríamos peor de lo que estamos, y en cambio conservaríamos la hegemonía moral sobre las que fueron nuestras colonias de América, donde está el porvenir de la raza, y tendríamos voz y voto en el Congreso Internacional que ha de celebrarse á la terminación de la guerra, y en el que tantas naciones, incluso Portugal, estarán representadas. Aparte de que es preferible luchar como los héroes á morir de hambre como los mendigos. A un héroe le admiran sus enemigos; á quien se deja pisotear sin razón, y prefiere morir antes que defenderse, le desprecia todo el mundo.

F. R.

Los mendigos, los ladrones y los frailes abundan hoy en esta nación.

Los primeros la deshonran, los segundos la arruinan, y los terceros la degradan.

En la Historia se ha dado invariablemente este caso:

A la sombra de los tercetos, brotan los segundos y los primeros se multiplican.

Cine clerical

Milagrerías

—¿No ha oído usted, doña Serapia, lo que ha sucedido en Arganda?

—¿Algún motín por las subsistencias? ¡Este Romanones!... Créame: mientras en España no se arregle esto de la *mantención*, todo estará sin pies ni cabeza.

—No, no se trata de eso: es algo más importante.

—¿Más que el comer?

—Ya lo creo: se trata de un milagro, mejor dicho, de muchos milagros.

—Si que es fuerte la cosa, ahora en pleo siglo xx. Es fruta rara en estos tiempos.

—Pues, hija, cuando Dios quiere todos los tiempos son buenos.

—¿Y qué es ello?

—Pues nada, que un vecino de aquel pueblo compró un Niño Dios por treinta reales.

—No fué caro.

—Y lo puso en un cuáto, y vió con asombro que el aceite de la lamparilla no se acababa nunca.

—¡Qué suerte! Si tuviera yo una alcuza así...

—Y que una imagen de yeso que había al lado del Niño aparecía en el suelo, y luego unas estampas, y luego un letrero en el cordón de la túnica que decía: «Detente, el Corazón de Jesús está conmigo.»

—Eso es ya muy viejo. Cuando mi abuela era moza, ya lo llevaban los carlistas.

—Aún hay más. Un día el Niño lloró de tal manera, que hasta la túnica quedó mojada. Y eso lo vió mucha gente.

—Me deja usted asombrada... Y, dígame: ¿van muchos devotos á la casa?

—Un hormiguero; y eche usted cirios y aceite y limosnas.

—Ahí, ahí está el milagro, y el que más se aprovecha de él, es el vecino, que debe ser un lagartón...

—¡Doña Perpetua!

—Vamos, mujer, no me venga usted con esos cuentos; soy ya perro viejo y conozco bien esos manejos. Mire usted, aquí mismo en Madrid, en la Costanilla de los Angeles, hubo también unos vecinos que tenían un Niño que hacía milagros. A las dos semanas, y antes no tenían que comer, aporreaban los duros. Se enteró el obispo, les quitó el Niño, y la miseria volvió á la casa.

—Es que esto es verdad.

—Sí, como lo otro. También lo vió medio Madrid... Y también lloraba... Es la historia de siempre.

—Vamos, con usted no se puede hablar. Parece mentira que usted que está siempre metida en la iglesia, sea tan incrédula para estas cosas.

—Pues por eso precisamente. Tuve yo un sobrino párroco que siempre tenía en su iglesia alguna imagen milagrera, y me contó el secreto. De modo que á mí esas lilailas...

—Vaya, á usted hay que dejarla ó matarla.

—Perdóneme usted la vida, ¡asesina!

FRAY GERUNDIO

OTRO MENOS

El día 7 del actual falleció en Carcagente Vicente García Lloret, republicano intachable.

Sacrificó su bienestar por sus ideas de tal modo, que en los últimos cuatro años vivió en la miseria. Un querido correligionario de aquella población, Pascual Cucarella, le estuvo pagando durante dieciséis la suscripción á EL MOTIN, por evitarle el disgusto que le hubiera causado el renunciar á su lectura predilecta.

Fué concejal, y no hubo otro que le aventajara en actividad y honradez, cosa rara en estos tiempos en que tanto se frolea y roba en los Municipios, cargo en el que dejó el pan de sus hijos y el que hubiera él necesitado para su vejez.

Como van quedando pocos republicanos de esta clase, considero un deber rendir á los que van cayendo el homenaje de mi admiración.

CLERICHULO

Leo en *La Lucha*, de Barcelona: «Hoy hemos visto á un señor rechoncho que dirigía á una bella joven lo que él consideraba como requiebros, y que á nosotros nos han parecido palabras soeces.

Instintivamente hemos dirigido la mirada hacia la faz del señor rechoncho, al que desde el primer momento habíamos considerado como á un estúpido.

Nuestra sorpresa no ha tenido límites al reconocer en el estúpido á un cura, vestido de paisano, ex director de un colegio al que habíamos asistido en nuestra niñez y que nos pegaba mucho cuando nos sorprendía leyendo alguna revista maliciosa...

Aplaudo la prudente reserva que ha guardado *La Lucha*, no dando al público el nombre del Tenorio tonsurado, callejero y rechoncho.

Pudiera haberlo leído su ama y haberle arañado la probablemente mofetuda faz, y quien sabe si, cegada por la ira, no le araña la sagrada circunferencia, y al decir misa al otro día la contemplan los fieles cubierta con tafetán inglés.

Claro que el no dar el nombre puede haber sido causa de alguna ligera escaramuza en los hogares de todos los curas rechonchos, por «si habrás sido tú el libertino», mas nunca de tanta importancia como la que se hubiera desarrollado en el del verdadero culpable.

La pasión de los celos es terrible. Por esto, según he sabido hace poco, abolió la Iglesia el matrimonio de los clérigos. Las facilidades que da á éstos su oficio para hablar á solas con las feligresas, eran causa de muchas peloterías, que obligaban á veces al cónyuge á poner en el rostro de su parte contraria las mismas manos que acababan de elevar la hostia consagrada, sin perjuicio de intercalar de paso algún puntapié que otro en la parte más carnosa de la individua.

Confesemos desapasionadamente que la Iglesia fué siempre muy sabia y previsora.

REMITIDO

«Sr. D. José Naknes.

Estimado ciudadano: Los que suscriben, socios del Centro de Unión Republicana del «Porvenir», Cabañal, hemos visto con el consiguiente asombro el acto realizado por los concejales de este Ayuntamiento, Sres. Bort, Castellano, Miquel, Hernández y Martínez Oron, al recibir oficialmente al arzobispo de Valencia en su visita oficial al Ayuntamiento.

La prensa reaccionaria encuentra muy digna la actitud de estos ediles, que han hecho dejación de sus convicciones para verificar este acto de sumisión á la llamada autoridad eclesiástica. Nosotros coincidimos en la segunda apreciación, máxime cuando el primero de dichos concejales pertenece al partido federal.

¿Qué le parece á usted del anticlericalismo de dichos señores?

Le rogamos la publicación de la gaceta anterior, y al mismo tiempo somos admiradores de sus profundos conocimientos, esperando sus comentarios sobre este particular, que como suyos sirvan de lección de puntos para estos señores. Salud y República.

Valencia (Cabañal), 15-IV-917.
José María Ros.—Silverio Santamaría.
—Antonio Fuster.—Francisco Ros.—Vicente Navarro.—Luis Martínez.—José Navarro.—José Blasco.—José Blasco.—Juan García.—Miguel Mas.—Vicente Barberá.—Claudio Clemente.—Matías Romero.—Vicente Belenguer.—Jesús Barberá.—Salvador Ridaura.—Bautista Ferrer.—Ramón Faura.—José Alebau.—Francisco Ginesterra.—José Canos Laureano.—Vicente Bosch Pérez.—José Betonet.—José Badía.—Joaquín Barberá.—Roseno Ferrer.—José Sanfeliú.—Fernando Genovés.—Manuel Barberá.—José Martín.—José Ballester.—Matías Romero.—Eusebio Fuster.—Ramón Isaach.—Joaquín Sanfeliú.—José Sebastián.—Emilio Chafe.—Ramón Quevedo.—Andrés Ruiz.—José Cubells.—Manuel Verdeguer.—M. Sánchez.—José Soler Rocafull.—Vicente Ridaura.—Pedro Villanueva.—Ramón Llop.—J. Benedito.—Giordano Bruno.—Romero García.—Eliodoro Pérez.—Enrique Ros.—Francisco Payá.—Emilio Teo.—Joaquín Menseu.—Martín González.—Eduardo Ros.—E. Fuster.—Eduardo Martí.—Luis Lluch.—Amadeo Pérez Feliu.—Pepe Ros.—Juan Quevedo.

¿Qué comentarios quieren ustedes, consecuentes correligionarios, que ponga yo á esa mamarrachada?

¿Han visto ustedes una lámina en que figura un matrimonio delgado en

extremo antes de tomar el chocolate de Matías López, y excesivamente gordos después de tomar el chocolate de Matías López?

Pues esto les ocurre á la mayoría de los personajillos que forjamos en la urna electoral. Antes de ser elegidos parecen revolucionarios terribles y anticlericales rabiosos; y después se convierten en hombres de orden y tolerantes con las creencias ajenas.

Y luego, la risible vanidad de figurar en recepciones civiles ó eclesiásticas. Codearse con usías ó eminencias, ¡qué honra para la familia! Como no lo soñaron nunca, se exponían como pavos reales los pobrecillos y se olvidan de todo; de lo que son, de lo que prometieron, del respeto que debe guardar todo hombre á las ideas que profesa...

Por lo tanto, dignense ustedes perdonar á esos señores tan corteses y bien educaditos, pero no vuelvan en su vida á emitir un voto en favor suyo.

Imiten á aquel gitano enamorado que le decía á un amigo, aludiendo á la que le había engañado:

Compañerito del alma,
si en tu camino la encuentras,
dile que yo la perdono,
pero que no quiero verla.

En propia defensa

Sr. D. José Naknes

Muy señor mío y querido amigo: En el número de EL MOTIN correspondiente al 22 del mes anterior, apareció un artículo mío, en el que se hacían algunos cargos contra el Sr. Pich, industrial electricista barcelonés y prohombre del partido radical.

Dicho artículo ha soliviantado al señor Pich, provocando hechos y escenas que desearía poder relatar en las propias columnas de EL MOTIN, siquiera fuese someramente y para repeler la agresión de las falsedades con que me ha obsequiado dicho señor.

A los dos ó tres días de publicado mi artículo, vino á reñirme un amigo, cuyo nombre desconozco, obrero de la casa Pich. Yo no afirmo que aquella visita fuese preparada; siento el hecho y hago constar que dicho amigo no había encontrado nada falso en mi artículo, no obstante y desear que yo escribiera algo contra el Sr. Lerroux, sobradamente tolerante con las faltas del exteniente alcalde de Barcelona.

Yo me negué en redondo á hacer nada si no era para rectificar alguno de los graves cargos que en el artículo de referencia se hacían al Sr. Pich, y nos despedimos.

El 3 de Abril se publicó en *El Diluvio* un suelto pidiendo se aclarara el punto referente á la inclusión de la casa Pich en las listas negras publicadas por los países aliados, y yo contesté con una carta que vió la luz en el referido periódico el 6.

Empleado en la administración de *El Progreso* donde gano unas pesetas que necesito para vivir, me llamó al día si-



FLORA Y CERES

FLORA — Ven y toma mi puesto, este año es tuyo.

Ayuntamiento de Madrid

guiente el Sr. Cullaré, jefe de aquella administración, amigo íntimo del señor Pich, para decirme que el Sr. Lerroux estaba interesado en que la cuestión mía con Pich se resolviera rápidamente y sin daño para nadie.

Habían transcurrido quince días desde la publicación de mi trabajo, y aún nadie había negado veracidad á lo que como cosa cierta me había confiado un amigo.

A los ruegos insistentes del Sr. Cullaré, caí en la celada que me prepararon, y visité al Sr. Pich.

Yo he sido procesado tres veces por defender mis ideas, y he pasado en la cárcel dos años y algo más por un artículo publicado en *El Progreso*, con arreglo á la ley de jurisdicciones. Conviene recalcar el caso por lo que vendrá después.

El Sr. Pich me recibió de mala manera. Se lió la manta para insultarme cobardemente; empezó diciendo que los hombres deben ser agradecidos recordando los favores recibidos y el dinero cobrado.

Yo no he cobrado jamás un céntimo de nadie que no sea honradamente, pero ignoraba lo que habría pasado estando yo en la cárcel, desconociendo si mi esposa enferma habría alguna vez recibido dinero para atender á las necesidades de la familia. Respondí al Sr. Pich que los que militamos en un partido y servimos á un ideal, tenemos el deber del sacrificio, y que no era cosa del otro mundo socorrer á los que han caído con la bandera en la mano.

Pero al llegar á mi casa y preguntar á mi esposa cuáles eran las cantidades recibidas de manos del Sr. Pich, me enteré de que nunca mi compañera le pidió dinero, y que una sola vez el Sr. Pich, el millonario Pich, entregó ¡5 pesetas!

No quiero poner aquí, Sr. Nakens, el comentario que le pertenece, porque saldría chorreando sangre.

Los Sres. Pich y Cullaré, me encargaron hiciera la rectificación en lo referente á las listas negras.

Prometi hacerlo después de hablar con los amigos que me informaron, y el que me había contado lo de las listas, exigió dijera en la rectificación que estaba dispuesto á ratificar sus palabras ante el señor Pich.

Hice la rectificación, la entregué á *El Progreso* y *El Diluvio*, y no se publicó. Que no se publicara en *El Progreso* no lo extrañé. Al Sr. Cullaré no le agradaría mi cruda pero sincera manera de relatar lo acontecido. Yo no quise colocar al Sr. Pich en el altar, que por su proceder y á mi juicio, no ha sabido ganarse.

Pero que no se publicara en *El Diluvio* mi rectificación, la rectificación pedida por el Sr. Pich, que debía aclarar los hechos ante el auditorio de aquel periódico, es cosa chocante. ¿Mediarían relaciones inconfesables?

Porque mi escrito rechazado fué sustituido por una carta del Sr. Pich, que es un acabóse de frescura y una infamia. Pero es algo peor la reproducción de dicha carta en *El Progreso*, donde tanto he batallado, habiendo sido durante largos años corresponsal literario y administrativo, y hasta ahora colaborador.

Una nota inserta al pié es una broma indecente, un inri al compañerismo.

La publicación de dicha carta me obligó á la defensa, y mandé una carta al señor Cullaré, que tampoco se ha publicado. Suerte he tenido de *La Lucha*, que el día 18 la acogió en sus columnas.

Y ahora digo yo: Si nos hartamos los demócratas de criticar á los enemigos profesionales de la injusticia que niegan todo recurso de defensa á los que no tienen agarraderas, ¿qué calificativo mereceremos nosotros en este caso?

Espero encontrar en *EL MOTIN* la benevolencia que necesito para resarcirme de la injusticia y del atropello de que acaba de hacerse víctima por amigos y correligionarios más ó menos auténticos.

J. COSTA Y POMÉS

Barcelona 20 de Abril de 1917.

Secuestro fracasado

Gracias á la enérgica y razonada campaña de *La Aurora* de Oviedo y *El Noroeste* de Gijón, ha salido ya del manicomio el sacerdote D. Víctor Méndez, encerrado allí estando cuerdo, por intrigas y manejos de su tío el párroco de Pravia.

En la formación del expediente que se formó, declarado ilegal por el fiscal del Tribunal Supremo, intervinieron caciques y empleados, y un tal Trapiello, diputado provincial.

Felicito a ambos colegas, por el triunfo alcanzado, y repito lo que tantas veces he dicho: que no hay injusticia ni iniquidad en que, directa ó indirectamente, no intervenga un cura.

Familia endemoniada

En una finca cercana á Lérida habitaba una familia que se creía poseída del demonio.

Trastornada por esta idea, iban frecuentemente sus individuos á la capital á consultar á una gitana, de quien recibían consejos, que cumplían al pie de la letra.

Un día les ordenaba que quemasen el carro, y lo quemaban; otro que quemasen las ropas, y lo hacían; otro que fuesen desnudos por el campo y se hiciesen adorar, y salían encueritatis á rogar á los que encontraban que los adorasen. Recientemente les ordenó que sacrificasen las mulas que tenían para la labranza, y á punto estuvieron de hacerlo. Afortunadamente un vecino pudo evitar que se consumase el fratricidio.

El Viernes Santo fueron dos hermanos de esa familia á Lérida á presenciar la procesión del Santo Entierro, y como terminó cerca de las once de la noche, se quedaron en una taberna de la carretera de Huesca.

Durante la noche comenzaron á vocear, alarmando al vecindario, y se aporrearón brutalmente en la creencia de que así se «sacarían mutuamente los demonios del cuerpo».

Intervino la Guardia municipal, los serenos y la Guardia civil, y el alboroto duró hasta las tres de la tarde del día siguiente, en que uno de los hermanos, gravemente lesionado, fué trasladado al hospital y el otro á la

cárcel. El efecto que ha producido el suceso es muy grande. Uns se burlan de la credulidad de toda la familia; otros la miran con piedad y aplauden su fe.

Yo pertenezco á los últimos. La fe ha producido en todos los tiempos barbaridades de ese calibre. Y mucho mayores. La primera de ellas, la de creer que hay diablo.

A partir de esa, todas las demás se explican.

Otra coronación

Al enterarse los vecinos de Oviedo de que el obispo había citado á una reunión en su palacio á varias señoras de buena posición, supusieron que sería para aconsejarles que, dando pruebas de piadosas y caritativas, se dedicaran desde aquel día á arbitrar recursos para dar de comer á los hambrientos y vestir á los desnudos.

Mas ¡ay! se equivocaron, pues para fin más cristiano las congregaba: para darles la gran noticia de que el Papa había autorizado la coronación de la Virgen de Covadonga. Y que sus anhelos (los del obispo) eran que la corona fuera digna de la reina de los Angeles.

Y dijo esto con unción tan evangélica, que las señoras se conmovieron tanto como se entusiasmaron; y con más rapidez que los alemanes derriban una catedral, nombraron allí mismo una Junta que entrara en funciones desde luego, para reunir cuanto antes la mayor cantidad posible á fin de que Su Ilustrísima viese cumplidos con creces sus anhelos.

¿Coronas á la Virgen,
mientras el pueblo
por falta de pan llena
los cementerios?
¡Viva ese obispo
que así honra la doctrina
de Jesucristo!

Usurpación de atribuciones

La vecina del pueblo de Solarás (Lérida), padece ataques nerviosos.

Una gitana, María Hernández, de Reus, le dijo que ella la curaría, si le entregaba una cantidad para depositarla á los pies del Santo Cristo de San Lorenzo, en Lérida, previos ciertos procedimientos cuyo secreto ella poseía. La enferma la dió dos monedas de oro de á 20 pesetas, dos billetes de 25, y 15 duros en pieza, en total 165 pesetas.

La gitana depositó la cantidad en un lienzo al par que mascullaba palabras ininteligibles, y después de santiguarse y bendecir varias veces el bulto, se lo guardó ceremoniosamente en el pecho, y se despidió.

A los ocho días se presentó de nuevo la gitana diciendo que había que hacer otra operación para asegurar la cura, y que se necesitaban doscientos

tas pesetas más, Mercedes se las entregó en dos billetes de Banco, la María los envolvió en un pañuelo negro de bolsillo que también pidió, y se despidió diciendo que iba á depositarlos á los pies del Santo Cristo del Garrote, que se venera en la iglesia de la Purísima Sangre de Nuestro Señor, conocida por la iglesia de San Antonio.

Pasaron varios días, y ni Mercedes mejoraba ni recibía nueva visita, por lo cual resolvió mandar á su hijo José Alberich á Lérida para averiguar el paradero de la gitana.

Apenas llegado, encontróla acompañada de un individuo que dijo ser su marido, y otro sujeto apodado el *Bollons*; y al hablarle del asunto, contestóle que tuviera paciencia, pues muy pronto se curaría su madre.

El Viernes Santo recibió Mercedes una carta de la gitana, fechada en Barcelona el 31 de Marzo, y que le fué entregada por el *Bollons*, en la cual le pedía otras 100 pesetas, y que se las enviase inmediatamente, pues de lo contrario se echaría todo á perder, lo que sería una lástima.

Esta carta hizo sospechar por fin á Mercedes que había sido estafada, y puso el hecho en conocimiento del inspector de Policía, quien extendió el oportuno atestado que remitió al Juzgado de Instrucción.

¡Lo que es la ignorancia!

Si esa Mercedes, que seguramente profesa la religión de la mayoría de los españoles, hubiera sabido que para cada enfermedad tiene nuestra Santa Madre Iglesia un santo á quien acudir los fieles en demanda de curación ó alivio, no habría sido víctima de tan grosera estafa.

Si acude á un sacerdote, él le hubiese indicado la forma y manera de dirigirse al santo especialista en enfermedades nerviosas, y quizás se encontraría hoy sana. Pero aun suponiendo que estuviese lo mismo, le hubiera salido mucho más barato.

Combatamos la ignorancia, y desconfiemos de quien tome en boca el nombre de Dios ó de cualquier santo para inspirar confianza al que intenta desplumar.

Para explotar impunemente esos nombres hay que estar provisto de requisitos que no reúnen las gitanas.

UNA PREPOSICIÓN

El adagio «haz bien, y no mires á quien», resulta á lo mejor un poquito desigual.

Diganlo Zaragoza, Pamplona, Alcalá de Henares y las demás poblaciones que acogieron jubilosas á los alemanes del Camerón suponiéndolos civilizados, y que desde entonces viven en continua zozobra por las tropelías que cometen, los escándalos que dan, y los ejemplos de inmoralidad que ofrecen,

Sus desmanes son á veces de tal magnitud, que obligaron hace pocos días al Gobernador Civil de Zaragoza á dirigir un oficio al cónsul alemán, dándole cuenta de este suceso:

Dos súbditos de la nación kulta, Carlos Smidt y Matías Preneski, libraron con tan poca mesura, que resultaron completamente borrachos, en cuyo estado recorrieron varias calles cantando y gritando.

Cansados de campar por sus respetos, dieron la gracia de implorar la caridad pública á domicilio, pero con tales modales que hasta intentaron allanar una casa donde se negaron á recibirlos.

Al ocuparse de este suceso, dice periódico tan mesurado como *La Correspondencia de España*:

«Este hecho viene á ampliar la ya muy extensa serie de los que se han registrado en Pamplona, en Alcalá de Henares y en alguna otra población. ¿Habrá llegado la hora de poner freno á quienes tan desconsideradamente se conducen? Lo exigen la tranquilidad y la moral pública de las poblaciones que han tenido la desgracia de dar albergue á huéspedes tan dañinos. No es posible que sigan campando por sus respetos los alemanes internados en España á la misma hora en que á los españoles se les priva de derechos consiguientes al libre ejercicio de las garantías constitucionales.

Zaragoza, Pamplona, Alcalá de Henares, etc., etc., ganarían mucho con librarse de tan enojosas presencias. Y como no es cosa de cargar á otras poblaciones el mal de que queremos que se libren las susodichas, ¿sería mucho pedir al Gobierno que pensara en el establecimiento de campos de concentración en sitios despoblados, donde la vuelta á la naturaleza de esos alemanes desenfrenados no podría implicar daño para la tranquilidad de toda una población ni detrimento para la moral pública?

Hay que pensar en esa ó en otra medida. Lo evidente es que hace falta un freno para los internados alemanes.»

No me parece mal, pero quizás diese mejor resultado distribuir esos alemanes entre los germanófilos de buena posición, á uno ó dos por barba, para que pudieran prácticamente convencerse de que los alemanes son dignos del interés que por ellos se toma. Y de este modo, si se emborrachaban ó se tomaban excesivas libertades con las hembras de la servidumbre, todo quedaría en secreto, en familia, como si dijéramos; nadie se enteraría de lo escandalosos é inmorales que son, y podrían los germanófilos continuar alabando sin exponerse á que nadie los tachara de embusteros á la poética Alemania de las baladas y las costumbres dulces y patriarcales.

Celebraría que se tomase en cuenta esta mi proposición, y se pusiera en práctica cuanto antes.

Esto matará á aquello

Es este pueblecito minero de Aznalcollar el punto donde se prescinde casi en absoluto de las prácticas de la Iglesia en España.

Desafío á que se me demuestre la existencia de otra población donde proporcionalmente ocurra algo semejante.

Bastaría una rápida ojeada en los libros correspondientes del Registro civil para convencerse de lo que dejamos dicho.

Pero... aquí del *pero* que motiva este breve artículo.

De poco tiempo á esta parte, los señores y señoras estropajosos han dado por atrapar *morito*, esto es, niños sin remojarse, y parejas uncidas por lo civil para meterlas de rondón en la trampa clerical.

¿Medios de que se valen esos señores y señoras para cazar claudicantes de todo jaez? Unas cochinas monedas, cuatro trapos, un dulce, cosas todas que representan la indignidad de los que las otorgan y la poca vergüenza de quienes las perciben como precio de su ancanamiento moral.

¿Durará esto mucho tiempo? ¿Quién sabe! Benavente, antes de su última evolución reaccionaria, dijo en *Los intereses creados*:

«Frente á un templo del oscurantismo, de la ignorancia, está la escuela y la fábrica. Esto matará á aquello.»

Y no lo dudéis: lo matará.

J. CORDÓN

BUENOS CONSEJOS

En el pueblo de Pinoso (Alicante), varios vecinos de modesta posición social organizaron tiempo há una Hermandad titulada de «Nuestro Padre Jesús», que en Semana Santa acude á todos los actos religiosos, y al de la Resurrección á las diez de la mañana del sábado.

Este año, no sé por qué, celebró el cura antes de las nueve, y cuando llegaron los Hermanos disfrazados de soldados romanos á la hora acostumbrada, se encontraron con que ya Cristo había volado al Cielo.

Entre las advertencias y los consejos que les da *El Luchador*, figuran estos:

«Si la Sociedad la formasen personas pudentes, no hubieran sido burlados.

Que no deben prestarse más á salir de comparsas en esos actos.

Que se suscriban á *El Motin*, y aprenderán á defenderse de imposiciones de curas, frailes y monjas.

Y que conviertan la Hermandad en Agrupación Republicano-Socialista, para luchar contra los caciques, contra el fanatismo y contra las explotaciones de que son objeto los obreros.»

Los consejos que *El Luchador* da á los aficionados á vestirse de mamarracho, son excelentes, menos uno: el de suscribirse á *El Motin*, pues se expondrían á perder su alma si lo hicieran.

Síganlos al pie de la letra, y sentarán plaza en el regimiento del Santo Común.

Trozos de mi vida TRALLAZOS

Clericalismo en solfa

José Nakens

DOS PESETAS TOMO

GERMANOFILOS CONFESOS

(CONCLUSION)

Arturo Pérez Merino. Manuel González. Antonio Ruiz Medrano. José T. Tovar. Eleuterio Zaldo Martínez. José de Lasarte Bremón. Ramón Pérez de Muñoz. Francisco de Salas Aguiló. Diego Gómez Torralba. José del Carpio y Quadros. José Romero Soriano. Luis Vázquez. Luis S. de los Terreros. Manuel Romero. Enrique Milián. Ricardo Gómez. Ignacio de Medano. Manuel Landecho. Manuel Bolamburu. Mariano Sánchez. J. Calderón. Modesto Lafont y Pon. Antonio Lleó. Manuel Sánchez y Massiá. José Gómez Redondo. Ernesto García. Mariano Sánchez Cútera. Francisco de Alvear y Colina. P. Núñez Granés. José de Astiz. José María Mendoza. José de Aragón y Pradera. Jesús Martín. José de Casenave. J. L. de Adaro. J. Jorro. José Luis López Puigcerver. Joaquín Juncosa. José García Roldán. Julián Rodríguez. Justo González. Juan Echevarría. José Izquierdo. José Jiménez Moreno. José Marín y Ayala. José María García Verde. José María López Dóriga. Juan Rodríguez B. Julio Berico Arroyo. Conde de las Almenas. Pedro Cabello. C. Maura. Blas Gurruchaga. Fernando García Miranda. Isidro Castell. José Anavitarte. Jesús Ojeas. Jesús García Ochoa. Luis Saavedra y P. tiño. Luis Benito Villanueva. Luis Harguindeguy. Luis Martínez. Luciano Navas. Vicente Martín. Santos L. Acevedo. Francisco Alonso y Martín. Francisco Laborda. Pedro J. de Ubagón. Francisco Martínez. Emilio Muñoz. Luis Colomina. Miguel P. Callejo. Luis Sánchez Cuervo. Ignacio Carbó. Salustiano M. Villalobos. Eduardo Martínez Berrueto. Antonio Rubio. Eduardo Herbella y Zobel. Miguel García Lomas. Luis Muñoz J come. Eduardo Nuez. Miguel Muñoz González. Alfonso Jiménez. Alejandro Sesé. Antonio Jesús Pallarés. Blas Gurruchaga y Uriarte. Vicente Alvarez Casado. Vidal Macho. Wenceslao G. Cornejo. Mariano Luña. Matías Manuel Benlloch. M. Menéndez Boneta. Damián López. Manuel Aulló. Miguel Sánchez Olías. Teodoro Moreno. P. Hernández Sampelayo. Pedro Cabello Mir. Pedro Rojas. José M. Kindelán. José Grau. Joaquín Martínez. Juan Manuel Riego. Juan Francisco Delgado. José Bernaldo de Quirós. José Gasset. José Luis Jiménez Navarro. José Lillo. J. Miguel García Soliz. Juan Angel de Madariaga. Jorge Torner. Jaime Torrubiano. Rafael Cañellas. Ricardo Sáenz de Cenzeno. Rafael Alvarez Sereix. Ricardo Codorniu y Stárico. Rodrigo S. Manja. Serafín Delgado. Luis Cubillo. Luis Sanz. Luis Mora é Indigoras. Luis de Ardanaz y Mariategui. Carlos Gar-

cía M. y Campuzano. Carlos de Aguilera. Carlos Deudariena y Tourné. Clemente Mateo Sagasta. Carlos Corona Rodríguez. Domingo Olazábal. Dimas Rodríguez de la Vega. Eduardo de la Sotilla. Eduardo de Antrán. Francisco Hernández. Fernando Pressas. Fernando M. Fariña. Fernando de Gueza é Igual. Federico Lubille. Florentino Azpeitia Moros. Francisco Sempere y Ridaura. Federico L. de Ocariz. José Rodríguez Sedano. José Alfaro. Amador Villar y Pérez.

PROFESORES

Acacio Gutiérrez. Antonio Mir. Alejandro de la Fuente. Fernando Elvira Rincón. Federico Martín Bosch. Antonio La Heras. Manuel Prieto. Modesto Ortuño. Manuel de la Cueva y Ojuela. Manuel Ripoll. Manuel Caballero. Manuel V. Salvador y Pérez. María del Carmen Andía. Manuel Espada y Escalante. Valerio Merchante Sánchez. Vicente Galera Marfil. Juan García de Alcaraz. José Herrero Pérez. José López. José Herrero. Juan Antonio Castaño. José María Martínez. José de Hierro. José A. Maude. Joaquín Bassois y Chacón. Cirilo de Sancho Moreno. Conrado del Campo. Domingo Melero Baldoza. Domingo Ramos Sánchez. Damián Estade Rodríguez. Pedro Fontanella. Ramón García. Leandro Guerrero del Peral. Leandro Limorti Gómez. Emilio Gallego. Emilio Sotos. Enrique Oyuelos G. de Rueda. Alberto Pérez. Antonio García Ochoa. Abelardo López Peyro. Esteban Rubio Fernández. Nicolás Hortelano y Moreno. Domingo Hidalgo Bravo. Agustín del Castillo y de Luque. José Almudévar. Manuel María Viejo. José Arijá. Isidoro de Uriarte. José de la Cruz. Aurelio Garzón. León Gómez. Antonio López Vela. José Rogeiro Sánchez. Luis Melgar Gómez. Mónico Bautista Abad. Jesús Benlloch y Fabregat. Lorenzo Albarrán. Gabriel Briones Ferrero. Miguel Hernández. Joaquín Noguera López. Antonio Marañés Portales. Antonio Bermúdez Isla. Emilio Polo de Llera. Emilio Gallego Villanueva. Juan Mole y Ventura. N. de los Santos Jener. Gerardo Benilla y Huguet. Juan Wenceslao Gómez. Emilio Sotas. Juan Bouel. Modesto Arguedas Fraile. Adolfo Gómez García. Enrique Gamio y Borja. José G. Olivares.

BANQUEROS, PROPIETARIOS Y OTROS

Juan Bello. Luis Triana. L. Torre. Luis Aruej. Luis de Barbeiza. Antonio Rodríguez. Antonio Ibeas. Alejandro G. Pintado. Antonio González. Arturo Anaya. C. Lescano. Donato Ramón. Félix Alonso. Enrique Medina. E. Alfonso. Pablo Pardo. Valentín García. Félix de Pablo. Cecilio García. Santiago Fernández. José María Vilaplana. Julián Portal. Justo G. Hervás. Julián Peña. Julio

González. Julián Navarro. J. Orozco. José Navarrete. Julio Deán Sánchez. Emilio Pita. Enrique Caturia. Eduardo Medina. Aquilino Venero. Miguel de Castro. M. Escudero. Manuel Helguero. Luis La Calle. Mario Rodiles de Salas. Manuel B. Chavani. Robustiano Fernández Francos. Pedro Maza de Linaza. Antonio Hoffmeyer Zubeldic. Manuel Barrera. José M. Sevilla. Javier Venero Javierre. Barón de Ariza. Julio Castro y Tomás. Gabriel Pinto y Moyano. Celestino del Campo. Amancio Marín Ruiz. Joaquín Lequerica. José Ortiz. Juan Menales. Fernando Romero Lerroux. Marqués de Huelves. Eduardo de Nueda. Anselmo Benito Chavarri. Doroteo Quintana. Adolfo B. Arroyo. Ramón López Dóriga. Juan Antonio Grau. Alfonso Ruiz de Assin. Antonio Viver. Gervasio Collar y Alvarez. José Ruiz Marín. Enrique Grajales y Font. Conde de Villanueva de la Barca. Gonzalo Fisac y Lozano. Eduardo Arias Besada. Enrique Alcalá del Olmo. Marqués de Flores Dávila. Marqués de Tamarit. Manuel Beca. Manuel Monjardín. Medardo Sanmartín. M. de la Pedraja. Manuel Hernández Soria. Martín Núñez Peña. Higinio Benito. Héctor Fernando. Hipólito Rodríguez. Paulino Zaeza. Ramón Salazar. Pedro Sánchez de Molina. R. Corredor. Santos Moreno Cantin. Ricardo Parera. Blas Rábago. Teófilo Sanz. Vicente Gallego. Juan López de las Heras. Juan Ordóñez. Joaquín Berrocal. Juan de Angulo. José Ibáñez. José Gutiérrez Menéndez. José Blanco. Juan Manuel García. Juan Bautista Mentoy. Juan Pérez Picazo. José Gómez y Pérez. Luis Ibáñez y Pisana. Olipio Rato. Félix P. Ramírez. Félix Rubio. Andrés Arias Jurado. Andrés de Gamboa. Mariano Viano. Timoteo Llorente. Terencio del Castillo San José. Nicasio Pérez Martín. Basilio del Valle Puya. Luis Bandesscn y Machado. Manuel Lasarte Bremón. Fernando Heirero Gonzalo. Angel López Merino. José A. Coipel. José Valerdi. Juan Rubio. Jesús R. Coloma. José Palacios. Ramón García. Elías Merlo. Antonio de Horna y Ambrona. Ireneo Muñoz. Ricardo Corredor y de Arana. Hermenegildo García Sanz. César de Nueda. Juan Bravo y Novoa. José Gómez y Pérez. José de Mateo. Fermín Lomba de la Pedraja. Joaquín Echagüe y Sentmenat. Mariano Fernández. E. Maximiliano Cañada. Manuel Rodríguez. Ricardo Alfaro. Gabriel Romero Enciso. Victoriano Muñoz. Santos Fontana.

Y termino aquí, pues no merece la pena de citar a Abogados sin nombre, ni a Comerciantes é Industriales que buscan parroquiano; ni a Empleados del Estado y Otros que carecen de voluntad propia; ni a Estudiantes, entre los que acaso habrá algunos que no sepan leer, ni a Varios, que no se sabe qué son.

TIP. «LA ITALICA», VELARDE, 12, MADRID